

Amets Librería, Portal Nuevo 15, Tafalla

Marina AOIZ*

De la vieja estantería de junco años 70, extraigo unos cuantos libros al azar. Entre otros, *Silvia* de Gérard de Nerval (Novela corta, Barcelona 1978); *Rastro de un sueño* de Hermann Hesse (Planeta, Barcelona 1977); *Canciones* de Federico García Lorca (Losada, Buenos Aires 1968); o *El lenguaje del cuerpo* de Julius Fast (Kairós, Barcelona 1978). Todos ellos —y muchísimos más— ostentan en su página de cortesía una etiqueta de papel naranja que dice **AMETS Librería, Portal Nuevo 15, Tafalla**. Coloco una docena de libros amarillentos entre el revoltijo de papeles de mi mesa de trabajo y con el polvo que levantan los pasos imaginarios llego hasta la Plazuela de los Auroros, esquina con Portal Nuevo donde, hace años, un osado maestro abrió una librería. La etiqueta naranja se convierte en una entrada al reino de los sueños. Me siento ingrávida en esta imposible tarde de domingo de agosto, con 40 grados a la sombra. El tiempo y el espacio chisporrotean entre los visillos que atenúan el sol febril de las siete de la tarde. Los libros, amarillos, son pequeños soles de los que recibí rayos menos contaminantes que los de este sol malherido del verano 2003. Los libros costaban entre 100 y 200 pesetas. En Amets se podía pasar un rato largo; en ocasiones leías de cabo a rabo, por ejemplo, *Los versos del Capitán* de Pablo Neruda y luego lo comprabas para regalárselo a un amigo. Aquellas fueron las primeras publicaciones que adquirí con mis propios recursos pues hasta entonces, mi padre, generoso sin límites en el obsequio de libros, había pagado tremendas facturas de la librería Universitaria o del Parnasillo, durante mis estudios de periodismo en la Universidad de Navarra.

141

Algunos de aquellos libros adquiridos en Amets, quedaron en las estanterías de amigos olvidados: el *Hiperión* de Hölderlin, *Las cartas a Theo* de Van Gogh o *Van Gogh suicidado por la sociedad* de Antonin Artaud, por citar sólo tres de los perdidos. Los innumerables títulos de Losada, con sus cagadillas de mosca, medio despellejados, han sido leídos, releídos y requeleídos. Confieso que bajo el imán de sus páginas argentinas comencé a escribir poemas a escondidas, como quien practicaba una actividad entre cursi y subversiva.

No creo que San Francisco Javier sea patrón de los libreros pero...

Esta crónica desangelada y acalorada me trae a la cabeza un nombre de santo navarro ligado en mi biografía a los libros. ¿Desvarío? Vamos a ver: Javier.

Javier, mi padre. Desde que aprendí a leer, colmó todas mis ansias de lectora regalándome auténticos tomos de la Editorial Labor, editados en los años 50 y 60. Con ellos recorría el

* Autora de *Fragmentos de obsidiana*

pasillo las tardes de verano mientras parte de la familia echaba la siesta. Los cuentos de los hermanos Grimm, de Andersen, de Perrault, de Las mil y una noches, de Hoffmann. Cuentos de Egipto, Grecia, Roma, la India; cuentos árabes; cuentos del Renacimiento; cuentos del Romanticismo; cuentos africanos; cuentos modernos. Con ellos recorría el mundo y sus misteriosos e insólitos paisajes. Países y ciudades se abrían cual abanicos; los personajes fantásticos se metían en mi cama, comían de mi plato y me estiraban de las trenzas cuando me pasaba de traviesa. Yo sabía que era una cría afortunada por ser la protectora de semejantes tesoros. Sabía que podía ser sabia a través del conocimiento que, como un inmenso trigal, crecía entre las páginas, a veces ilustradas con elocuentes grabados, de esos libros pesados en los que el tiempo caminaba de puntillas llenándome de sueños y palabras. Mi padre compraba aquellos volúmenes —y todavía lo hace— a plazos. Los representantes de Aguilar, Planeta o Círculo de Lectores lo adoraban. Puedo asegurar que él fue mi primer librero pues además de proporcionarnos aquel universo ilimitado se encargaba de mantener los libros ordenados y más o menos clasificados en la librería familiar.

Otro Javier importante fue el dueño del Parnasillo. Entonces yo era aprendiz de periodista o lo que fuera. Vivía, estudiaba y *alparceaba* en Pamplona. Los libros de texto para la Universidad los adquiría en la librería Universitaria pero la literatura, tanto la que precisaba como estudiante como la que mi imparable afán de lectora me demandaba, la conseguía en su peculiar Parnaso. Javier era un librero paciente y enamorado de los libros. Acudir a la librería se convertía en un acto placentero pues además de enredar y husmear entre las publicaciones, se podía comentar con él sobre autores y obras o dejarse guiar y aconsejar respecto a nuevas lecturas. En aquel tiempo de estudiante compraba libros también en las librerías Humanidades, Andrómeda y en otras que ya no recuerdo.

142

Javier, Javierito el maestro, al que he mencionado al comienzo de esta crónica, dotó a Tafalla de un espacio valiosísimo. Tal vez el número de libros que albergaba su librería no fuera exagerado pero casi todos los títulos resultaban apetecibles. El espacio se mostraba acogedor no sólo para comprar libros sino también como lugar de encuentro. Desconozco las causas que llevaron a Javier a cerrar la librería pero en verdad supuso una gran pérdida. El local se convirtió en un taller de aprendizaje de artes plásticas, lo que probablemente no fue una metamorfosis traumática. Hoy está cerrado. Vacío. Es sólo el rastro de un sueño. Amets.

Quizás entre sus paredes quedaran prendidos unos versos de Miguel Hernández: “(...) Desperté de ser niño: / nunca despiertes. / Triste llevo la boca: / ríete siempre”. O la memoria de un sol fantástico pintado por un escolar ilusionado que hoy es un pintor de mérito.

Javier, el de la librería Idazti, situada en la calle de las Escuelas Pías de Tafalla, también era maestro en la enseñanza pública. Su establecimiento ha sobrevivido a los avatares del tiempo. Allí, a unos metros de mi casa, me aficioné en los años 70 a los autores hispanoamericanos: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Lezama Lima, Borges, Paz, Benedetti, Onetti. Los Cuadernos marginales de Tusquets con sus portadas doradas me tenían loca. Semejaban monedas de oro y despertaban mi codicia. Inquietantes obras de Samuel Beckett —*aquel pajarraco de satén*— traducidas por Félix de Azúa y Ana María Moix; el deslumbramiento de Ezra Pound (al que yo nombré mi tío italiano); o ese aprendizaje cortaziano “de mi prosa se pudre

sintácticamente y avanza —con tanto trabajo— hacia la simplicidad. Creo que por eso ya no sé escribir ‘coherente’”. También era adicta a los Libros de bolsillo de Alianza-Alfaguara, al módico precio de 80 pesetas. Algunos de esos libros, con los de Austral, viajaron en la mochila de los veinte años y almacenaron entre sus páginas entradas de museos, billetes de tren, florecillas secas o esbozos de poemas trazados en la servilleta de un café.

En la librería Idazti me he surtido durante casi treinta años de libros para regalar a familiares y amigos o he sucumbido a la tentación de adquirir un ejemplar demasiado costoso para mí. Cuando edité mi primer libro de poemas, tuve la oportunidad de canjear la cuantía de los poemarios vendidos por Javier y su familia, por libros muy, muy especiales.

Ahora me sucede algo extraño cuando entro a Idazti. Tengo la sensación de penetrar en el Laberinto entre tanto título y tanta novedad. Miro los precios. A mi espalda acecha el Minotauro. Me quedo perpleja e inevitablemente, me acerco al rincón de los libros viejos. No es que sean de segunda mano pero sí se han quedado como testigos de tiempos pretéritos. Hay ediciones maravillosas de Siruela (marcadas todavía en pesetas) y no puedo sustraerme al deseo de que se vengan conmigo.

Javier. Mi hermano Javier, estudió filosofía en Salamanca y Barcelona, y luego se marchó a seguir estudiando y enseñando a Venezuela. Fue otro librero. Dejó miles de libros repartidos entre mi casa y la de mis padres. Poetas amados, Rilke, Heine, Hölderlin, Novalis. Filósofos griegos. Cientos de ensayos. Un mundo de papel inagotable que me desasosiega cuando busco varios títulos de un mismo autor y no sé si una vida va a ser suficiente para leerlos. Y me canso de tanto desasosiego, como Pessoa, pues a mi pesar llevo desde la infancia atomizada o ¿será *atomizada*? por Labor, enferma de literatura, con el mismísimo *Mal de Montano*.

143

El polvo de los libros

¿Para qué carajo tanto libro? Pesan. Ocupan espacio mental y material. Envejecen. Se enferman de ictericia. Para acceder a los libros ya existen las Bibliotecas Públicas. ¿Y qué me dicen de Internet? Ahí, en ese pozo sin fondo de sabiduría, están recogidas todas las palabras del mundo, como soñó la bella y desdichada Hipatia en el siglo IV. Cuentan que las editoriales grandes retiran de los anaqueles de las librerías los libros-novedades en escaso periodo de tiempo y los destruyen para no tener que almacenarlos. En la Fundación María del Villar Berruezo de Tafalla, Iosu Kabarbaien y yo, editamos en una preciosa colección los poemarios ganadores del Certamen de Poesía “María del Villar”. Su portada es verde pistacho y está ilustrada con un artístico grabado de Esperanza Yunta. Original para cada título. Obra de excelentes poetas, unos más publicados que otros, sin erratas, con hermosa gráfica, buen papel, espacios en blanco. Libros para leer y acariciar. Libros que mueren literalmente de asco en las librerías. También editamos la revista literaria *Luces y Sombras*. Nadie imagina lo arduo de la tarea. *Luces y Sombras* parece que en las librerías encontrara una mortaja a su medida. Sin embargo, cuando viaja, sobre todo si es al otro lado del océano, la revista ostenta alas de ángel, de cóndor, de gorrión o águila. Una invisible paloma mensajera trae entre sus patas, a vuelta de correo, mensajes de agradecimiento, amistad, entusiasmo.

¿Para qué o para quién escribo esto? ¿Me habrá golpeado el calor en la cabeza al atravesar la plaza?

Iosu y yo también editamos libros sobre Tafalla, su cultura, sus calles, su arquitectura rural, su lucha por el agua, su diversidad ecológica, sus personalidades... Esos libros se venden mejor. Colocados en las librerías encima del mostrador, las personas interesadas por las cosas de Tafalla y de sus gentes, los adquieren con cierto regocijo. También estos libros cogerán polvo. Los leerán los viejos y después los jóvenes y otros vecinos audaces e insensatos tomarán notas para volver a escribir sobre Tafalla y sus gentes.

Carnaval, carnaval

Una librería del siglo XXI, ¿no parece un carnaval? Fascículos de los temas más insustanciales. Por ejemplo, cómo completar con toda precisión una colección de dedales. Otra de ositos de peluche en miniatura. Manuales de espiritualidad desde el Dalai Lama a Paulo Coelho. El libro del verano con el papel más propicio para ser abrasado en la primera barbacoa. Los onnipresentes cuadernitos de Ágata o las saladas vacas de Kukuxumusu refrescándose en un mar fundido de *txapapote*. Ganchillo para autistas. Guías de viajeros. Bolígrafos fosforitos. Las agendas, portafolios, cartapacios, plastilinas, anilinas, rotuladores, calculadoras, correctores, láminas, cartulinas, encuadernaciones, plastificados, fotocopias, es decir, la papelería, va ocupando el espacio de los libros en la mayoría de establecimientos que se llaman "librerías". Es lo que hay, princesa de las medias floreadas. Mucho colorido y menos contenido. Carnaval. Carnaval.

144

Una librería es un *mandala*

Otra de las librerías tafallesas que lleva unos años instalada en la ciudad es La Feria. Su nombre alude a la denominación popular de la calle donde abrió su primera tienda, que en realidad se trata de la calle Florencio García Goyena (ilustre jurista tafallés y Presidente de la nación por unos días). Sus librerías, con toda amabilidad, te consiguen cualquier libro que les solicites. También hacen lo posible porque las publicaciones locales se vean, colocándolas en un lugar accesible para el público.

A primeros de julio entré en La Feria a comprar el libro de los hermanos Urkia (esos hermanos Grimm de las energías renovables) editado por Pamiela, para regalar a mi esposo, de parte de mi madre. Encontré casualmente uno titulado *Diario de Oaxaca* de Oliver Sacks y no pude resistir la tentación de poseerlo. Una edición muy linda de *Latitudes National Geographic* a un precio asequible. Me lo devoré de una sentada robándole alguna que otra hora al sueño. Reviví junto a Oliver y una panda de locos norteamericanos enamorados de los helechos, un viaje que hice a Oaxaca en noviembre de 2001. Deambulé con Sacks, el profesor clínico de neurología y la poeta Neus Aguado, por Monte Albán y reflexioné sobre la religión "al aire libre" con sus sincronías de planetas, estrellas y el conjunto del cosmos. Cuando cerré el libro a las tres de la mañana, sentí el impulso de ir a dar un par de besos a las librerías.

A la mañana siguiente, en el correo electrónico de la Fundación, había un mensaje procedente de México invitándome a volver a Oaxaca.